

Factores de riesgo en la violencia escolar

SILVANA CAMPAGNARO

La violencia de la sociedad ha permeado las escuelas como un reflejo de lo que sucede fuera de ellas, en la familia y en la comunidad. Esta situación no es nueva; siempre ha existido algún tipo de violencia escolar; podemos recordar, cuando éramos niños o adolescentes a aquel guape-tón o vivo que siempre quería ser el capitán de cualquier juego que se organizaba durante el recreo, pero lo lograba a través del arrebato de la pelota o imponiendo sus propias reglas; la niña que le jalaba la colita a la otra, el insulto, la pelea en el recreo, frecuentemente separada por los compañeros o maestros y otras que no pasaban de los golpes de puños o manos, las conductas típicas del niño o joven que está aprendiendo a resolver los conflictos o problemas que se le presentan en su rutina diaria. Sin embargo, hoy en día las conductas agresivas han escalado a niveles cualitativos más altos: violación de reglas, conductas disruptivas, groserías, intimidación a otros, acoso sexual, desafío, peleas entre estudiantes, vandalismo, ataques a maestros, uso de armas, violencia colectiva y asesinatos.



En todo el mundo hay un crecimiento preocupante de la agresión y conductas violentas en las escuelas. En Estados Unidos, tres millones de niños han sido víctimas de la violencia en las escuelas y en los dos últimos años académicos 85 niños han muerto violentamente dentro del recinto escolar. En nuestro país no tenemos estadísticas precisas, pero diariamente oímos o leemos en los periódicos ejemplos de violencia en la escuela, desde saqueos, agresiones físicas a compañeros y profesores, hasta la muerte de un joven por una disputa entre pandillas.

La conducta violenta en la escuela es la manifestación de un vínculo débil entre el nivel de desarrollo de un niño y el contexto social escolar. La escuela recibe a un alumno que trae consigo una historia de desarrollo conformada por diversas variables: factores genéticos y físicos, familia e interrelación, tanto con los propios miembros, como con la comunidad circundante. Estos factores pueden ser factores protectores o de riesgo para favorecer o no el desarrollo adaptativo del niño en el medio escolar.

Cuando el niño ingresa a la escuela se asume que ha adquirido un conjunto de competencias sociales, afectivas y cognitivas que favorecen su adaptación escolar. Ellas incluyen intercambio de valores y normas sociales, confianza en la intención del adulto, habilidad para interpretar patrones complejos de conducta social, habilidades auto reguladoras y de autogestión.

Los niños con tendencias violentas tienen una trayectoria de desarrollo diferente; llegan mal equipados a la puerta de la escuela para negociar y comprender las complejidades de la vida escolar y tropiezan con impedimentos para integrarse en ella en forma significativa.

Si estos niños entran en una escuela con ambiente negativo: maestros apáticos, liderazgos autoritarios, tanto de profesores como de alumnos, hacinamiento, desorganización escolar y expectativas negativas, estos factores se convierten en gatillo disparador para la violencia y el desorden dentro de las escuelas. En este tipo de escuelas se sienten alienados, aislados, por tanto, poco comprometidos y sin



sentido de pertenencia. La escuela no tiene significado para ellos.

La familia y su relación con la escuela también constituyen un factor importante de riesgo, las escasas expectativas sobre logros académicos y la disfuncionalidad de las familias forman parte de graves disparadores de la disrupción escolar. El malestar psicológico que todo esto produce no permite a los jóvenes sobrevivir dentro de la escuela, por lo tanto la evitan, se quedan en las calles no menos repleta de peligos.

En situaciones adversas como las descritas, la comunidad escolar juega un papel importante en favorecer el desarrollo adecuado de un niño al compartir con él, metas, logros y satisfacciones. Se establece una especie de contrato social que implica cuidado y apoyo que permite al niño apreciar la escuela como un contexto significativo en el cual funcionar. Si este lazo es débil, no forjará relaciones estables, ni tendrá sentido de pertenencia, de identidad con su comunidad.

La escuela, frente a un niño de alto riesgo puede potenciar la violencia a través del uso de prácticas punitivas,

coercitivas y restrictivas, atribuyendo al niño la conducta originaria de violencia, cosa que puede ser cierta, pero también es cierto que con frecuencia, la respuesta violenta asumida por los niños y jóvenes muestra el carácter restrictivo, autoritario de las normas, e incluso atentando contra los derechos de los niños: impedirles ir al baño o descalificar sus aportes son ejemplos socorridos y elocuentes de lo que digo. El niño de alto riesgo responde desafiadamente a este tipo de disciplina y mantiene un ciclo vicioso difícil de romper, cuyas consecuencias no sólo se quedan en el intercambio maestro-alumno, sino que se extienden fuera del salón. Este joven queda estigmatizado. Esto hace que se sienta rechazado, identificado todo el tiempo y busca otro mecanismo de afiliación y de pertenencia, busca a otros como él, conforma entonces un grupo que puede evolucionar en pandilla, asumiendo las características que conocemos; esta afiliación puede extenderse fuera del ámbito escolar, con lo cual se refuerza la conducta por modelaje y se satisfacen las necesidades de afiliación y pertenencia, necesidades básicas de todo individuo.

Entonces la escuela falla cuando no integra, no reconoce, ni acepta las diferencias individuales y rechaza al niño diferente. También falla al usar medidas disciplinarias coercitivas para acallar al desafiante, al opositor, al disruptivo, al no tan listo, falla porque no elimina la conducta disruptiva y falla también por no disponer de estrategias preventivas y de apoyo, especialmente en programas de disciplina e intervención en crisis.

Podemos decir, en conclusión, que el sentido de comunidad y membresía psicológica son variables determinantes para el ajuste conductual del niño en la escuela. Más que considerar el factor riesgo como una variable estática, pensamos que la violencia se genera por una interacción entre el niño con un desarrollo psicológico vulnerable, tendiente a la violencia, en medio de una familia y / o comunidad disfuncional que manejan mal la violencia, y para remate en una escuela que no reconoce, y por ende, no satisface las necesidades de desarrollo de ese niño.

Por otra parte, el reto de la escuela no consiste en reducir estos factores de riesgo, sino potenciar los factores protectores, impulsando la *resiliencia* (capacidad para adaptarse exitosamente a pesar de las circunstancias desfavorables y amenazantes del medio ambiente), favoreciendo el desarrollo de destrezas sociales para resolver los conflictos a través de medios aceptados socialmente. La escuela ha de ser un lugar de oportunidades para desarrollar lazos con modelos adultos, un lugar que provee al niño de predictibilidad, previsto de estándares sistemáticos, reglas democráticas y responsabilidades. Un lugar donde están claros los derechos y deberes, un lugar organizado con expectativas positivas que le permita al niño crecer sanamente.

Asegurar escuelas libres de violencia y seguras requiere de voluntad para comprender el problema; no podemos tapar el sol con un dedo: el problema existe en mayor o menor grado en muchas escuelas, independientemente del nivel socioeconómico, desestimándolo no desaparecerá. Por tanto, la introducción de programas preventivos y de estrategias de disciplinas democráticas y respetuosas, de formación de docentes y directivos para detectar niños o jóvenes de alto riesgo y preparados para resolver situaciones de crisis, son algunos medios que podemos implementar a muy corto plazo. El reto de todos aquellos profesionales que estamos comprometidos con la educación es asegurar a alumnos y docentes una escuela segura y libre de violencia.

SILVANA CAMPAGNARO

DECANA FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA UCAB